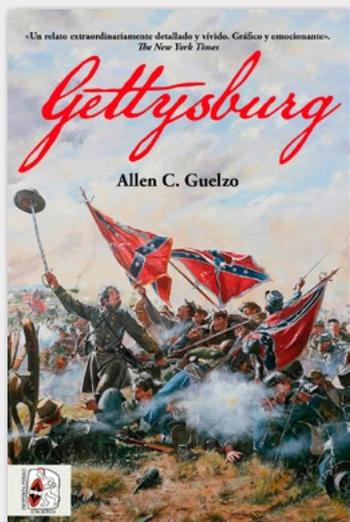


Los tres (sangrientos) días que pudieron haber cambiado la historia de Estados Unidos

Allen Guelzo, uno de los historiadores de la Guerra de Secesión más eminentes y galardonados, nos ofrece un relato fascinante, fresco y provocativo, vibrante y humano, riguroso y comprensible, de una de las batallas más emblemáticas de la historia.



Sobre la batalla de Gettysburg se ha escrito en abundancia y se la ha diseccionado a conciencia en cuanto a su importancia estratégica, pero nunca antes libro alguno había aproximado tanto a los lectores a la experiencia individual de los soldados como este, ganador del Guggenheim-Lehrman Prize en Historia Militar, elegido Mejor Libro del Año por *The Economist* y Libro del Año de no-ficción por *Kirkus Reviews*. En *Gettysburg*, el dos veces ganador del Lincoln Prize, Allen C. Guelzo, nos revela el rostro, las imágenes y los sonidos del combate en el siglo XIX: los muros de piedra y las nubes de pólvora de la Carga de Pickett; la marcha de miles de hombres desde las orilla del Rappahannock, en Virginia, hasta las colinas de Pensilvania... De todo ello brota un relato jamás contado acerca de la vida en los ejércitos de la Guerra de Secesión, desde las divisiones políticas que agitaban las filas de la oficialidad unionista y confederada hasta el carácter particular de las unidades de artillería. Tan exhaustivo análisis confiere una extraordinaria y renovada viveza a una de las batallas más épicas de la historia.

Ganador del *Guggenheim-Lehrman Prize* en Historia Militar

Ganador al Mejor Libro del Año por *The Economist*

Ganador al Libro del Año de no-ficción por *Kirkus Reviews*



Allen Guelzo es Henry R. Luce Professor de la época de la Guerra de Secesión y el director de estudios del mismo periodo en el Gettysburg College. Es autor de *Lincoln's Emancipation Proclamation: The End of Slavery in America* y *Abraham Lincoln: Redeemer President*, ganadores ambos del Lincoln Prize. Con *Gettysburg* conquistó el prestigioso Guggenheim-Lehrman Prize en Historia Militar, y fue elegido Mejor Libro del Año por *The Economist* y Libro del Año de no-ficción por *Kirkus Reviews*. Los ensayos, críticas y artículos de Allen Guelzo han aparecido en un amplio abanico de publicaciones, desde la *American Historical Review* y *Wilson Quarterly* hasta diarios como *The Philadelphia Inquirer* y *The Wall Street Journal*.

Disponible el miércoles 5 de febrero. Pincha en este [enlace](#) para obtener más información sobre la obra y [aquí](#) para consultar nuestro Catálogo de publicaciones.

Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



Se ha dicho sobre el libro

«Entre los mejores estudios de la campaña de nuestra generación. Se gana esta distinción con su inteligente y vívida manera de escribir, su innovadora estructura y su esclarecedor análisis, que consigue sintetizar la historia de Gettysburg de una manera que atrae tanto al lector neófito como al experto en la historia de la Guerra de Secesión».

The Civil War Monitor

«Cautivador [...] La narrativa de Guelzo cobra aliento con el frecuente uso de testimonios de los participantes en la batalla, observadores y civiles de Gettysburg y, en ocasiones, sus descripciones alcanzan casi el lirismo».

The Seattle Times

«Detallado [...] accesible [...] sobrado de interés tanto para los entusiastas de la Guerra de Secesión como para los principiantes [...] Las conclusiones [de Guelzo] equilibran la creencia popular con una explicación y un análisis imparcial».

The Christian Science Monitor

«Maravilloso [...] el libro de Guelzo es un recordatorio extremadamente oportuno de que el experimento americano no ha sido, como los Fundadores afirmaban, “una verdad evidente”, sino, de hecho, una propuesta bastante debatible que necesitaba probarse, no solo en julio de 1863 en Gettysburg, sino en muchos otros momentos y lugares desde entonces».

The Wall Street Journal

«Una narrativa elegante, exhaustiva y amena [...] El relato [de Guelzo] no es el típico tictac de movimiento de tropas; las páginas están empapadas de un rico lenguaje y un vívido estudio de personajes [...] Guelzo conoce el poder que reside en los detalles reveladores».

MHQ: The Quarterly Journal of Military History

«Es su narrativa expansiva y vibrante lo que hace este libro tan interesante y distingue el *Gettysburg* de Guelzo de tantos otros [...] A través de sus páginas se recorre una descripción comprensible por completo de cada hora de esos tres días infernales, con suficiente detalle para satisfacer al estudioso de las tácticas y el valor más aplicado. Algunas buenas historias de batalla son chisporroteantes relatos de movimientos tácticos y recuerdos de soldados, que desfilan de forma tan alegre como una marcha de Sousa. [Guelzo] conduce esta, en cambio, como una sinfonía majestuosa, solemne pero aderezada con sorprendentes digresiones y meditaciones, tomándose su tiempo, trazando un desarrollo que, aun familiar para todos, rara vez se dibuja con tanta elocuencia».

The Washington Post

«Maravillosamente legible [...] [Gettysburg] combina el rigor académico con un sentido de la narración que rivaliza con el de las novelas».

The Daily Beast

Se ha dicho sobre el libro

«En este libro, fascinante en todos sus aspectos, Allen Guelzo nos hace sentir como si estuviéramos escuchando por primera vez la épica historia de la batalla más famosa de la Guerra de Secesión [...] Este es, lisa y llanamente, el mejor libro acerca de Gettysburg que se haya escrito. Es complicado, si no imposible, imaginar que vaya a haber uno mejor».

Fergus M. Bordewich, autor de *America's Great Debate*

«¿Qué queda por decir acerca de Gettysburg? En las hábiles y eruditas manos de Allen Guelzo, mucho. Gettysburg es fresco, fascinante e irresistiblemente provocativo. Es un libro maravilloso que merece ser leído y degustado. Y también merece estar en las estanterías de todos los entusiastas de la Guerra de Secesión».

Jay Winik, autor de *April 1865*

«Un extraordinario ejercicio de minuciosa investigación combinado con una vida de evaluación de los acontecimientos históricos [...] Cualquier persona interesada en este decisivo momento en la lucha por la libertad debería leer el extraordinario libro de Guelzo».

Newt Gingrich, antiguo portavoz de la Cámara de Representantes

y coautor de *Gettysburg: A Novel of the Civil War*

«A pesar de todo lo que se ha escrito acerca de la batalla de Gettysburg, Allen Guelzo aporta nueva información y conocimiento en este emocionante relato [...] Los lectores encontrarán mucho en lo que pensar en este libro».

James M. McPherson, ganador del premio Pulitzer por *Battle Cry of Freedom*

«Guelzo ha compuesto una narrativa pormenorizada y emocionante a nivel humano, pero fácil de seguir en lo operativo y lo táctico [...] Un triunfo en el uso de las fuentes y la presentación de las mismas, bastante atractivo para el lector general, pero lo suficientemente riguroso para el especializado».

Library Journal

«La obra de Guelzo identifica las controversias clave, defiende con agudeza sus interpretaciones y se apoya sobre unos cimientos sólidos, de la confusión de una batalla de la Guerra de Secesión [...] [*Gettysburg*] se lee como si se hubiera experimentado la batalla [...] Guelzo demuestra una versátil habilidad histórica en su excelente tratamiento de Gettysburg».

Booklist (crítica destacada)

«Conmovedora [...] memorable y robusta lectura que atraerá por igual a los entusiastas de la Guerra de Secesión, a los historiadores profesionales y al público general».

Kirkus Reviews (crítica destacada)

Índice

Gettysburg

Agradecimientos

Prólogo

PRIMERA PARTE La marcha hacia la batalla

- 1 No es gente que vaya a rendirse
- 2 No hubo nunca en un ejército hombres como esos
- 3 Esta campaña pondrá fin a esta fiesta
- 4 Un contingente perfectamente prescindible
- 5 La victoria sonreirá inevitablemente a nuestras armas
- 6 Una vieja tortuga mordedora de ojos saltones
- 7 Cunde un pánico universal
- 8 Deberá luchar como el demonio para resistir

SEGUNDA PARTE El primer día

- 9 *The devil's to pay*
- 10 ¡Sois lo único que se interpone entre el Ejército Rebelde y vuestros hogares!
- 11 Los germanos huyen y nos dejan pelear solos
- 12 ¡Adelante, Carolina del Sur!
- 13 Si el enemigo está aquí mañana, debemos atacarlo

TERCERA PARTE El segundo día

- 14 Una de las mayores burbujas de escoria
- 15 Deben mantener esta posición a cualquier precio
- 16 Nunca había estado en un puesto más *caliente*
- 17 El momento supremo de la guerra había llegado
- 18 ¡Recuerden Harper's Ferry!
- 19 ¡Somos los Tigres de Luisiana!
- 20 No habrá más retiradas

CUARTA PARTE El tercer día

- 21 El plan general de ataque no sufrió cambios
- 22 ¿Vas a cumplir hoy con tu deber?
- 23 La sombra de una nube que atraviesa un campo soleado
- 24 Una de las derrotas más claras sufridas por nuestro ejército
- 25 Hay mala fe en alguna parte
- 26 Buscar y saquear los campos de batalla

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

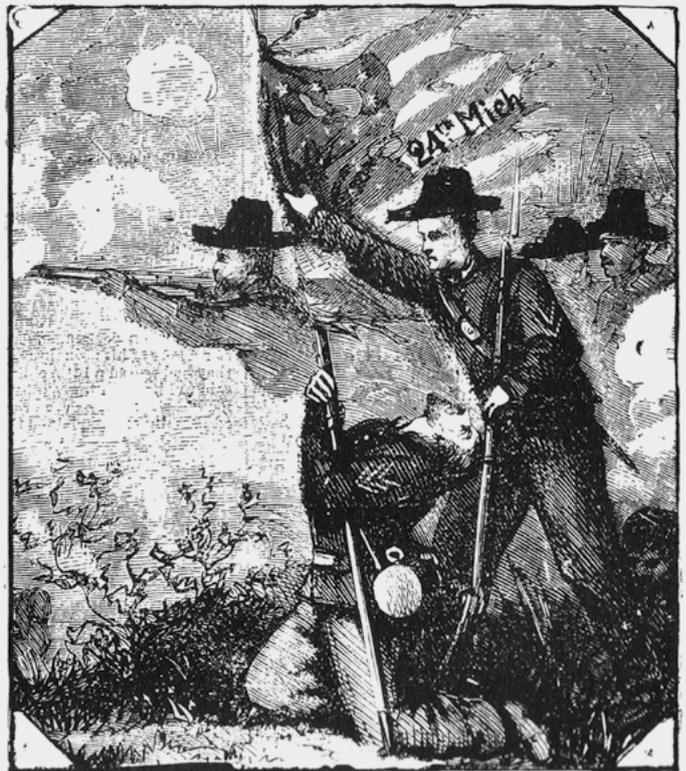
Capítulo 1

No es gente que vaya a rendirse

Cuando los ejércitos quedaron a la vista de la atalaya india, la Guerra de Secesión americana se llevaba combatiendo con ferocidad desde hacía algo más de dos años. «Ninguno de los dos bandos –dijo más tarde Abraham Lincoln–, esperaba que la guerra tuviera la magnitud, o la duración, que había llegado a tener». Es difícil que pueda hallarse otra nación que se precipitase al abismo de una contienda menos preparada para librarla, o con menos idea del coste que habría que pagar. Desde el mismo momento en que los estadounidenses reemplazaron la monarquía por la república como forma de gobierno, se enorgullecieron de ser una nación de paz, dedicada a las artes del comercio, no a la rapacidad de los imperios y al «espíritu de la guerra». Antes bien, los estadounidenses no habían abandonado por completo el oficio de las armas: en 1812 hubo un enfrentamiento con Gran Bretaña y, más tarde, en 1846, otro con México, además de choques ocasionales con tribus indómitas: creeks, choctaws, shawnees, comanches, kiowas y sioux. Pero ninguna de estas luchas fue a gran escala y todas podían definirse como medidas defensivas, lamentables pero necesarias, para el bien de la república. Como ocurría en todas partes, no dejaba de haber estadounidenses que glorificaban la guerra y la muerte. Pero el número de sanguinarios no era elevado. Incluso Oliver Otis Howard, uno de los miembros del reducido cuadro de oficiales profesionales formados por la academia militar de la república, West Point, no podía evitar expresar una profunda incomodidad religiosa hacia la glorificación de la guerra. «Todo lo que se diga es poco [...] de los horrores, los aborrecibles estragos y los incontables costes de la guerra», escribió mucho tiempo después de que callasen los cañones de la guerra civil. Y las narraciones de la contienda tan solo sirven para un propósito, para «mostrar claramente a nuestros hijos que la guerra, con las calamidades y la saña que suscita, debe ser evitada».¹

Esta actitud ambivalente hacia las guerras y el oficio de soldado no hacían sino reforzar la cicatería del Congreso federal, que, de forma rutinaria, situaba el gasto en cuestiones militares y en personal militar en niveles propios de un cuerpo policial uniformado. En el momento del primer disparo de la Guerra de Secesión, el United States Army [Ejército de Estados Unidos] comprendía 16 357 oficiales y soldados y casi ninguno estaba concentrado en grandes unidades. Y tampoco existía ninguna asociación profesional equivalente al Royal United Services Institu-

tion [Real Instituto de Servicios Unidos] del Reino Unido que fomentase el estudio de nuevos armamentos y esquemas tácticos. «Casi todos mis once años de servicio –escribió un graduado de West Point, promoción de 1850–, los he pasado con mi compañía en la frontera de Texas». Richard Stoddert Ewell, que ostentó en Gettysburg estrellas de teniente general de la Confederación, confesó que durante sus veinte años de servicio como oficial de caballería, «lo había aprendido todo acerca de cómo comandar a cincuenta dragones de los Estados Unidos y olvidado todo lo demás».²



Defensa de la bandera en Gettysburg, 1 de julio de 1863. El 1 de julio de 1863, el 24.º de Michigan perdió trece portaestandartes durante el combate en retirada hasta su última resistencia en el seminario teológico luterano. «Cuando se hizo entrega de la bandera al regimiento en Detroit, se tomó solemne juramento de que nunca se permitiría que fuera arrastrada ante el enemigo y que cayera en sus manos. Esa bandera, perforada por veintitrés impactos de bala de los fusiles enemigos, además de los que habían astillado su asta en este combate, expresa, con una fuerza muy superior a las palabras, con qué devoción fue mantenido ese juramento».

Capítulo 2

No hubo nunca en un ejército hombres como esos

Lee nunca albergó muchas esperanzas en cuanto al futuro de la esclavitud. «En esta época ilustrada, creo que son pocos los que no reconocerán que la esclavitud, como institución, es un mal político y moral para cualquier país», escribió en 1856. Pero, en su opinión, la emancipación «llegará antes por la influencia suave y disgregadora del cristianismo que por las tormentas y tempestades de la feroz controversia». Lee deploraba la esclavitud, mas, aun así, poseía esclavos, los alquilaba y, en una ocasión, los azotó. Cuando, durante el invierno de 1860-1861, la Unión comenzó a desgajarse a causa de la cuestión de la esclavitud, sintió una ambivalencia similar. Su largo servicio en el Ejército y en tantos lugares diferentes, le hacía ver con claridad que la república americana «no contenía Norte, ni Sur, ni Este ni Oeste, sino que abarcaba la amplia Unión, con todo su poder y su fuerza, presente y futura». Sin embargo, cuando, en abril de 1861, Virginia decidió unirse a la Confederación, Lee se vio impelido en la dirección opuesta a causa de la enorme deuda que tenía hacia los de «su stirpe», que le habían mantenido a flote durante su juventud. Nunca había poseído un kilómetro cuadrado de terreno virginiano que estuviera a su nombre y consideraba a los pendencieros del bajo sur un cáncer político maligno; pero la gente de Virginia había sido la única red de seguridad que había conocido su madre y los hijos de esta y Lee se lo debía todo a su ayuda.⁵

A pesar de las súplicas de Winfield Scott y la oferta de Abraham Lincoln de un alto mando, Lee dimitió del único terreno profesional que conocía. De inmediato, fue nombrado general de brigada de los voluntarios del estado de Virginia y Jefferson Davis, el presidente confederado, le nombró su consejero militar jefe. Pero Lee era bien consciente de las probables consecuencias, tanto para sí mismo como para el sur. Arlington fue ocupada de inmediato por tropas federales, lo cual le dejó a la vez sin casa y sin un céntimo. Tampoco confiaba mucho en que la Confederación pudiera concentrar suficiente fuerza militar para resistir el castigo que el Norte industrial iba a imponerle. «Cuando la guerra comenzó, me opuse, me opuse enérgicamente –le dijo Lee a su hijo–, le dije a esa gente que, a no ser que combatiera hasta el último hombre, se arrepentirían». Aunque, incluso si todos sirvieran en el Ejército, seguían estando en clara inferioridad. Si

había alguna posibilidad de victoria, esta radicaba en la invasión del Norte, para desmoralizar así a la opinión pública nortea y hacer que «una revolución de su gente» obligase al gobierno Lincoln a abandonar la lucha.⁶

Mas, en 1861, invadir el Norte no era la estrategia preferida por los sureños, que preferían presentar a la Confederación como la parte agredida de la guerra. Por el contrario, los efectivos confederados permanecieron a la defensiva, tanto en el oeste, en Tennessee, como en el este, en Virginia del Norte. El mando de campaña de las tropas confederadas en Virginia pasó a un viejo amigo de Lee de tiempos de West Point, Joseph E. Johnston, que prefería permanecer a la defensiva y esperar a que actuaran las fuerzas federales. Cuando lo hicieron, Johnston se limitó a retroceder aún más e ignoró el consejo de Lee de «revolverse contra Washington» y atacar «con toda su fuerza». Cuando llegó al fin la invasión federal y fue avanzando de forma gradual sobre la capital confederada de Richmond, en la primavera de 1862, Johnston fue herido de gravedad en la batalla de Seven Pines. Jefferson Davis puso en su lugar a Lee.⁷

A partir de este momento, la gente conoció a otro hombre: el Lee agresivo, temperamental, cuasi temerario, el largamente reprimido hijo de *Light-Horse* Harry. Poco después del nombramiento de Lee para el mando en campaña, Porter Alexander recuerda que un colega le reprendió por preguntarse si Lee tendría la agresividad necesaria para rechazar a los invasores federales. «Alexander, si existe un hombre, en ninguno de los dos ejércitos, Federal o Confederado, cuya audacia esté muy por encima de la de ningún otro, ese hombre es el Gen. Lee [...] Lee es la audacia personificada». Jefferson Davis también descubrió lo mismo –«el temperamento natural de Lee es combativo»–, del mismo modo que un periodista inglés que observó a Lee al disponerse a recibir a sus visitantes federales: «Ningún hombre que viera, en aquel terrible momento, sus ojos refulgentes y sus labios fruncidos con gesto severo, podrá olvidarles nunca –o– la luz de la batalla [...] llameando en sus ojos». Lee era, según John Mosby, «el hombre más agresivo que conocí en la guerra, siempre estaba dispuesto para cualquier empresa», nunca estaba más contento que cuando podía dejar a un lado las dudas y desenvainar la espada.⁸

Capítulo 10

¡Solo lo único que se interpone entre el Ejército Rebelde y vuestros hogares!

Según los reportes de paga y listados de tropas en servicio del 30 de junio, Meade debía de tener un ejército de 112 000 hombres, aproximadamente, ya fuera para Pipe Creek o para Gettysburg. Pero determinar los efectivos humanos de los contingentes de la Guerra de Secesión es una cuestión delicada, complicada por los informes perdidos o no remitidos y por las diferentes definiciones de lo que se entiende por «presentes» (lo cual, por lo general, quería decir todos aquellos que recibían raciones) o «presentes para el servicio» (restando enfermos, pero no los no combatientes) o «presentes para el servicio equipados» (aquellos armados para formar en la línea de batalla). En el 69.º de Pensilvania, por ejemplo, los presentes y todos los demás sumaban 389 hombres el 30 de mayo; pero de estos, 52 estaban en el hospital. Otros se habían ido escabullendo por medio de la desertión, por lo que, a su llegada a Gettysburg, el 69.º tan solo disponía de 292 hombres. En el 18.º de Massachusetts, el reporte de presentes para el servicio enumeraba 314, pero el sargento que «llevaba las cuentas de la compañía» sabía que tan solo 108 «estuvieron al frente» en Gettysburg. El propio Meade creía tener «unos 95 000 [...] incluidas todas las armas», pero, en términos de tropas dispuestas a entablar combate, el Ejército del Potomac estaba en condiciones de desplegar una cifra que oscilaría entre 83 000 y 85 000 hombres.

Los efectivos reales del ejército podrían haber sido aún más exigüos, dado que, tras Chancellorsville, la expiración de muchos alistamientos bianuales de 1861 y nuevemesinos de emergencia de 1862 había reducido al Ejército del Potomac a solo 40 000 efectivos. Meade apenas pudo disponer de una fuerza lo bastante importante para hacer frente a Lee tras sacar unos 37 000 soldados de las guarniciones de Schenck y Heintzelman en Baltimore y Washington. Unidades como la brigada de Vermont de George Stannard, la brigada neoyorquina de George Willard (recién intercambiada tras su captura en Harpers Ferry en 1862, era objeto de crueles burlas, pues se los conocía como «los cobardes de Harpers Ferry») y la División de Reserva de Pensilvania de Samuel Wylie Crawford incrementaron los efectivos totales del Ejército, pero quedaba por ver si estos po-

drían encajar bien con el resto del contingente e incluso si serían capaces de combatir. La mejor estimación que Meade tenía de los efectivos de Lee atribuían al Ejército de Virginia del Norte 109 000: «Unos 90 000 infantes, de 4000 a 5000 artilleros y unos 10 000 de caballería». El jefe de Estado Mayor, Butterfield, compartía la opinión de Meade: de acuerdo con los informes de exploradores y ciudadanos, «en diversos puntos», Butterfield calculaba que «Lee tenía 91 000 de infantería, 12 000 de caballería y 275 piezas de artillería».¹⁰

Los confederados hacían cálculos más modestos: Augustus Dickert, del 3.º de Carolina del Sur calculaba que «por medio de la cancelación de permisos y el retorno de los heridos leves», Lee podía contar con «sesenta y ocho mil». El ayudante de Lee, Walter Taylor, calculó que Lee tan solo disponía de 67 000, infantería, caballería y artillería incluidas. En realidad, es probable que Lee dispusiera de no menos de 80 000 hombres entre las tres armas. Al igual que su homólogo de la Unión, estas cifras incluían regimientos y brigadas todavía no probados en combate, por no mencionar los dos nuevos comandantes de cuerpo de ejército. Pero el Ejército de Virginia del Norte disfrutaba de recursos invisibles que al Ejército del Potomac se le habían negado. «No había empleados en el Ejército Confederado», escribió en 1877 William Allan, antiguo miembro del estado mayor de Stonewall Jackson, al evaluar los efectivos del Ejército de Virginia del Norte. Aunque, como recogió el observador militar británico teniente coronel Arthur James Lyon Fremantle, de los Coldstream Guards, «a retaguardia de cada regimiento había de veinte a treinta esclavos negros». Desde el comienzo de la guerra, los ejércitos confederados habían anexionado grandes contingentes de esclavos –entre 12 000 y 20 000 en Manassas Junction en 1861 y «de quince a veinte mil» en la Península en 1862. En la época de la campaña de Gettysburg, Thomas Caffey, artillero confederado nacido en Inglaterra, estimó que «en todo nuestro ejército debe de haber al menos treinta mil sirvientes de color que no hacen otra cosa que cocinar y lavar». Solo en su batallón, Caffey contó «jun cuerpo de cocineros y lavaderos negros de, al menos, ciento cincuenta efectivos!».

Capítulo 15

Deben mantener esta posición a cualquier precio

De los cuatro regimientos de Vincent, el 44.º de Nueva York encabezaba la marcha, seguidos del 83.º de Pensilvania del propio Vincent, el 20.º de Maine y, por último, el 16.º de Michigan. Vincent situó a la derecha a este último, donde formaría línea bajo el primero de los cañones de Charles Hazlett, que estaban siendo emplazados en posición uno a uno; junto a los de Michigan, «en una formación en semicírculo» que abrazaba la cara sur de Little Round Top, estaba el 44.º de Nueva York y luego el 83.º de Pensilvania; en el extremo de la brigada, encarada al sur, hacia Big Round Top, el 20.º de Maine, comandado por un hombre que un año antes había sido profesor de retórica en el Bowdoin College: Joshua Lawrence Chamberlain. Vincent, que tenía tanta prisa que no se había molestado en desatar la espada de la silla del caballo, entró en acción pertrechado con un arma poco amenazadora: una fusta de montar. Ordenó las líneas del 20.º de Maine y las advirtió, solemne: «¡Los coloco aquí a ustedes! Esta es la izquierda de la línea de la Unión. Sean conscientes. Deben mantener esta posición a cualquier precio». *Ustedes*, en ese momento, abarcaba a cualquiera que pudiera mantenerse en pie: «Pioneros y policía militar» fueron «enviados [...] con sus compañías», los tamborileros «empuñaron el mosquete» y «los cocineros y sirvientes que no estaban obligados a servir pidieron que se les permitiera combatir». Incluso el corneta de la brigada de Vincent desmontó, tomó un fusil y ocupó un puesto en la línea.²¹

No tuvieron que esperar mucho. «La brigada apenas había formado línea de batalla y enviado hacia adelante a sus tiradores» cuando comenzó a escucharse el *pac-pac* de los tiradores confederados en los bosques de la base de Big Round Top. Rápidamente, «tres columnas –una formada por sendos regimientos de alabameños de McIvor Law, la otra por los 4.º y 5.º de Texas– se acercaron». El 47.º de Alabama llegó a situarse a «menos de 12 metros» del 83.º de Pensilvania, pero luego se refugió «tras las rocas» y sostuvo «un mortífero fuego sobre nuestras tropas». A la izquierda de la línea, Cham-

berlain y el 20.º de Maine podían ver a los rebeldes infiltrarse en los bosques, «a retaguardia de su línea en combate», para tratar de rodear el extremo de su última compañía. Chamberlain estiró «mi regimiento a la izquierda», los hombres abrieron intervalos de «3 a 5 pasos» entre ellos y doblaron su línea hacia atrás hasta que la izquierda del 20.º de Maine «quedó prácticamente en ángulo recto con nuestra derecha». Los alabameños llegaron «en tres líneas, a paso ligero [...] con las bayonetas caladas». El mayor peso del ataque percutió contra el 83.º de Pensilvania y el 44.º de Nueva York, en el centro. Hubo una descarga coordinada, «sumamente destructiva para nuestra línea», que hizo que, como escribió un soldado del 5.º de Texas, los texanos, «por primera vez en la historia de la guerra», comenzasen a «vacilar».

Frente al 20.º de Maine de Chamberlain, los alabameños recobraron fuerzas y «presionaron hasta menos de 10 metros de nosotros, pero la terrible efectividad de nuestro fuego los obligó a romper el contacto y buscar refugio». Un soldado del 44.º de Nueva York vio a un oficial confederado quitarse «la casaca y, volteándola sobre su cabeza [...] correr a retaguardia de la línea lo más rápido que podía, yendo de un lado a otro, forzando y urgiendo a sus hombres a situarse delante mismo de [...] las armas de nuestros hombres en la pendiente de la colina». El humo de pólvora se hizo tan espeso en los bosques que el comandante del 20.º de Maine solo podía distinguir las piernas de los confederados. Theodore Gerrish recordó cómo «con qué rapidez los cartuchos eran sacados de las cajas y encajados por los humeantes tubos de los fusiles; cómo las baquetas de acero golpeaban y golpeaban contra los recalentados cañones; cómo los rostros y manos de los hombres se hacían más tristes y negras a causa de la pólvora», todo ello sumado a la «terrible mezcolanza de gritos, vítores, gemidos, rezos, maldiciones, granadas que estallaban, silbidos de balas y el choque de aceros».²²

Capítulo 23

La sombra de una nube que atraviesa un campo soleado

Sin mirar a Pickett a los ojos, Longstreet se limitó a inclinar la cabeza. Pickett no estaba seguro de cómo interpretar el sombrío silencio de Longstreet, por lo que se ciñó a las órdenes que había recibido anteriormente. «Voy a avanzar, señor» y partió al galope.

Longstreet seguía abrigando dudas. «Montó y picó espuelas en dirección al puesto de Alexander» para preguntarle si estaba seguro. No del todo, replicó este: el bombardeo había durado mucho más de lo esperado, unos cuarenta y cinco minutos, y esto había agotado la reserva de munición. Longstreet se aferró a esa advertencia: «Detenga a Pickett de inmediato y reponga munición». No, replicó Alexander, eso llevaría demasiado tiempo y daría a los federales la posibilidad de reforzar la línea que creía que había sido desbaratada por el bombardeo. Alexander tenía la impresión de que «una sola palabra de conformidad por mi parte, hubiera detenido la carga, en ese momento y en ese mismo lugar», y, probablemente, estaba en lo cierto. Longstreet dijo, «con gran énfasis», «no quiero llevar a cabo este ataque. No tiene ninguna posibilidad de éxito. Yo no lo haría ahora, pero eso es lo que el Gen. Lee ha ordenado y está esperando nuestro ataque». Mas ya no era momento: «La división de Pickett salió de los bosques en un alarde de filas grises y bayonetas relucientes, una visión tan grandiosa como la que jamás hubiese contemplado hombre alguno».

A la izquierda de Pickett, la división de Pettigrew también progresó con la luz del sol y se extendió más allá de la vista de Alexander, «más lejos de donde podía ver». Mucho más a la derecha, Lafayette McLaws se sumó al reducido grupo de sus comandantes de brigada para «ver a los confederados avanzar a la carga». Era «magnífico –recordó McLaws dieciséis años más tarde–. Despertaba las más elevadas y profundas emociones de nuestra naturaleza, de admiración por el espléndido porte y coraje de nuestros hombres del sur». Incluso para un oficial unionista como Philippe Régis de Trobriand, el cual había conocido mucha guerra en Europa, «era una estampa espléndida». Una vez se ex-

tinguió el fuego de la artillería, los hombres de Hancock se sacudieron, se levantaron para estirarse, con la esperanza de que el repentino silencio significase que la batalla había finalizado. Pero, entonces, distinguieron «una larga línea de hombres que salía de los bosques» y una nerviosa frase recorrió las líneas: *Ya vienen*. «Las banderas y guiones regimentales se ven con claridad a lo largo de toda la línea –escribió un oficial de la línea de tiradores del 126.º de Nueva York–, fusiles y bayonetas brillaban como plata a la luz del sol». ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen! La advertencia recorrió a toda velocidad el 19.º de Massachusetts. *Ahí viene la infantería*.⁴

Arthur Fremantle y Fitzgerald Ross esperaban llegar a tiempo a la localidad para contemplar el ataque «desde alguna posición dominante», pero no lograron llegar antes de que el bombardeo federal lo hiciera imposible. Se vieron obligados a retroceder, acompañados, en contra de su voluntad, por un «pilluelo» local que «sentía un diabólico interés por el estallido de las granadas y que aullaba de placer cuando las veía hacer efecto». Fremantle podría haberse ahorrado la molestia de haber sabido que las cúpulas, campanarios y tejados de la localidad ya estaban abarrotados de espectadores boquiabiertos, desde civiles a prisioneros de la Unión. Incluso un metódico matemático como Michael Jacobs llamó a su hijo de 18 años, Henry, para que subiera a la buhardilla de su casa en Middle Street a mirar por su «pequeño pero potente» telescopio. «Rápido –llamó Jacobs a su hijo–, ¡ven, ven! Ahora podrás contemplar algo que nunca jamás volverás a ver en tu vida». Dieciséis kilómetros al sur, en la estación de transmisiones federal del observatorio indio, en Emmitsburg, una muchedumbre de personas había traído «instrumental óptico, esto es, telescopios, catalejos y anteojos de ópera» y competían entre sí por obtener «una visión clara del campo de batalla» y de «los hombres en sus líneas, sirviendo los cañones, los propios cañones, lanzando cargas, oficiales que cabalgan a lo largo de sus líneas [...] en una palabra, toda la escena se mostraba ante su vista».⁵

Capítulo 25

Hay mala fe en alguna parte

Mucha gente dio por supuesto que la batalla de Gettysburg fue, como dijo Blake, «un triunfo decisivo» y, dadas las fuerzas implicadas, el tiempo transcurrido y las bajas posteriores, tal vez debía haberlo sido. Pero no en 1863. «Un ejército de 60 000 u 80 000 hombres no puede ser destrozado por completo en ninguna batalla de las que hayamos librado hasta ahora», recordó Andrew Atkinson Humphreys en su testimonio, en marzo de 1864, ante el Comité Conjunto para la Conducción de la Guerra. Si por decisivo se entendía un solo golpe demoledor que concluyera un conflicto en un solo campo de batalla, Humphreys estaba en lo cierto y Lincoln en un error: ese tipo de batallas decisivas, en las que un contingente cierra el puño y elimina a su enemigo, habían dejado de ser una posibilidad táctica como en tiempos de Napoleón. Incluso tras las horrendas pérdidas encajadas por Lee, e incluso después de que el Ejército de Virginia del Norte retornase al Potomac, «es raro leer que un ejército ha quedado completamente destrozado, de forma que no pueda reconstruirse de nuevo». Y es probable que resulte sensato no dar por supuesto que la campaña de Gettysburg habría acabado de esa forma.

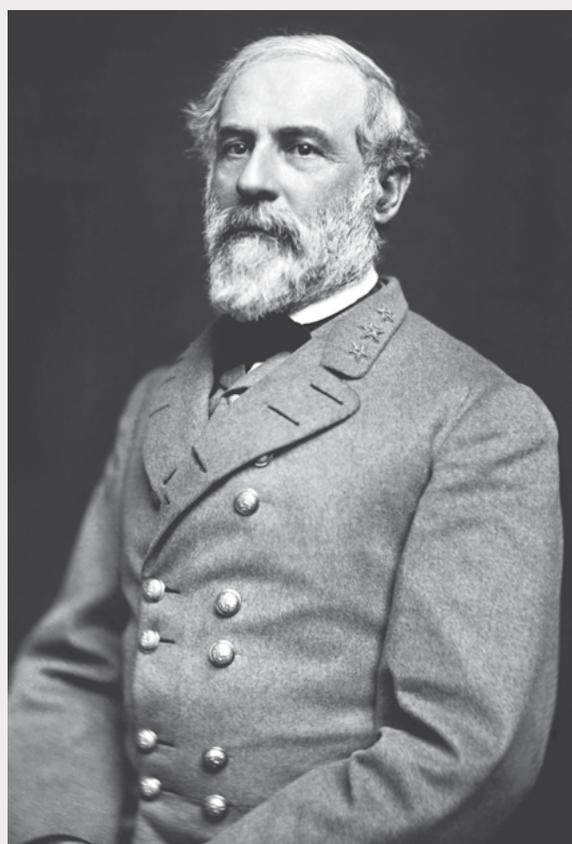
De hecho, Gettysburg no puso fin a la guerra; ni siquiera la poderosa combinación de Gettysburg y Vicksburg pudo ponerle fin. Prosiguió durante casi dos años más, pues fue necesario ese tiempo para destruir por completo la resistencia de la Confederación sureña. La moral del Ejército de Virginia del Norte, que se hundió a niveles muy bajos en las semanas posteriores a Gettysburg, demostró lo elástico que puede ser un factor como la moral, pues durante el otoño e invierno de 1863 se recuperó hasta el punto de que los confederados pudieron lanzar en 1864 una nueva campaña «con excelente espíritu y ansiosos por entrar en combate». Incluso la caballería de Stuart se sacudió la sombra de culpabilidad y «se considera ahora que está con mejor espíritu y vigor, y también mejor armada, equipada, etc. que en cualquier otro momento previo durante la guerra». Gettysburg tampoco extendió un cheque en blanco a las fuerzas de la Unión. Poco más de un año después de Gettysburg, dos ejércitos federales (en Virginia y en Georgia) parecieron

quedar empantanados en sendos asedios, en Atlanta y Petersburg, sin punto final a la vista, y Abraham Lincoln estuvo tan cerca de perder la Casa Blanca a manos de George McClellan (candidato presidencial demócrata en 1864) que se sintió en la obligación de que su gabinete se comprometiera a combatir la guerra hasta su último día en el cargo, pues después de que McClellan hiciera su juramento presidencial, todo iría directo a la mesa de negociaciones.

En lo que Gettysburg sí que *marcó* un récord fue en la carnicería que supuso: en un enfrentamiento que comenzó con batallas de un solo día libradas sobre campos de 5 o 7 km², Gettysburg supuso tres días de incesante lucha, librada sobre 38 km², como un brutal *match* de boxeo que se prolongase más de cien asaltos. Gettysburg también puso fin a ciertas expectativas: a que el Sur podría llevar la guerra al Norte, que el Ejército de Virginia del Norte podría triunfar a base, únicamente, de valor y que Robert E. Lee era tan magistralmente sabio que tan solo un acto de Dios (como las órdenes perdidas antes de Antietam) podían frustrarlo. Pero William Oates, incluso cuando dirigía a sus alabameños a enfrentarse contra Strong Vincent en Little Round Top, ya sabía que las posibilidades a largo plazo estaban en contra de la Confederación, a pesar de que «ninguno de nosotros estaba dispuesto a admitirlo». Tras Gettysburg, ya no podían seguir ocultándolo. Oates y sus compañeros recuperarían su espíritu combativo y continuarían «combatiendo virilmente por la causa y ganando victorias». Aunque, si se consideraban las perspectivas a largo plazo, incluso los optimistas «comenzaron a desesperarse cuando Lee regresó de Gettysburg». Y, después de la reelección de Lincoln, y ante la perspectiva de que el Norte continuaría la guerra hasta el final, se hizo posible mirar a Gettysburg y verlo como una especie de punto de inflexión de la guerra. «La batalla de Gettysburg –declaró Michael Jacobs–, debe ser considerada como la batalla más grande y decisiva de esta guerra infame. Han sido muchos los campos ensangrentados en los que se ha combatido la traición [...] pero en Gettysburg recibió un golpe del que nunca se recuperará».³⁴

*Es bueno que la guerra sea
tan terrible, porque, si no,
nos acabaríamos aficionando
demasiado a ella.*

Robert E. Lee



Contacto y entrevistas:

Javier Gómez Valero - Comunicación

Tel. 658 160 824 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

